dados y desoyendo la voz del jefe, en parte huyeron por el bosque y en parte se confundieron con mi gente.

Coderas cayó sobre nosotros para rematar la obra, y nuestra derrota fué completa. El mismo Cabezudo comenzó á retirarse, reuniendo los dispersos grupos que aun quedaban en pie; y yo con algunos hombres, luchaba aún defendiendo la casa en donde Remedios rezaba con el llanto en los ojos y el horror de aquellas escenas en el alma.

Soria se echó sobre la casa, siguiendo siempre en su feroz capricho, y mi gente incapaz ya de resistir, hizo una descarga inofensiva y huyó. Entré en la casa, empujé á Remedios hacia un rincón y la cubrí con mi cuerpo, blandiendo el machete con desesperación.

Soria y tres hombres más me siguieron; no podían hacerme fuego porque se exponían á herir á la hija de aquél; pero de súbito me acometieron á la vez, descargué machetazos ciegos, resistí un instante, y..... no sé más.

XIII.

En San Martín.

No comprendía yo cómo estando ceñido de cuerdas todo el cuerpo y encerrado en tan oscuro cuarto, podía no obstante ver marchar á los soldados del Gobierno, que uno á uno pasaban delante de mí; pero el caso es que yo los veía, y oía sobre todo el golpe de sus gruesos zapatos sobre las piedras de la calle. Pasaba uno marchando á compás con precisión admirable, de máquina; se alejaba y cuando el ruido de sus tacones se debilitaba, otro le sucedía, siguiendo el mismo compás seguro y monótono. ¡Singular manera de entrar un ejército en plaza vencida!

Los soldados se sucedían sin interrupción,

y aquello no tenía término posible; pero la calle estaba solitaria, y la gente curiosa no asomaba por puertas ni ventanas. En esto sonó una campana pausadamente: «Llaman á misa» me dije; pero no era así: después de tres golpes, la campana calló. Mucho espacio seguí viendo soldados y oyendo su fastidioso compás de marcha; al fin me dormí y no recuerdo más.

Desperté otra ocasión y quedé sorprendido de que me hubiesen aprisionado la cabeza en un tornillo, oprimiéndola sin lástima, de tal suerte que no la podía mover. Bien asegurada por tan rudo medio, un artista armado de cincel y martillo se empeñaba afanoso en perfeccionarme el parietal izquierdo, sacándome astillas de cráneo. El dolor que yo sentía era insufrible, y los golpes del martillo sobre el cincel tenían de particular que eran tan exactamente acompasados como la marcha de los soldados de marras. Caí en nueva confusión y no pude hablar para quejarme de crueldad semejante Luego· la misma campana sonó diez veces; pero no era ninguna de las de

mi pueblo, cuyas voces me eran tan conocidas como las de las personas de mi casa. ¿Qué era aquello? Mi entorpecido cerebro no podía pensar, y sentía yo para sufrir la tortura á que estaba sujeto, cierta resignación, ó mejor indiferencia, más propia de bestias que de hombres.

—Parece que despierta, dijo una voz femenil que me sonó muy agradablemente.

Y no sé lo que siguió después, porque en mi cabeza se formó un enredo que me es imposible recordar, y recordado no podría describir.

Creo que dormí otra vez. Al despertar por la tercera, abrí los ojos; y aunque no enteramente libre de las sombras que envolvían mis ideas, me dí cuenta más cabal de mi situación. Un tic tac con aquel maldito compás de marcha me llamó la atención; busqué con los ojos, y ví sobre apolillada rinconera, un alto, serio y grave reloj de péndulo que producía su aburridor golpecillo, y daba las horas con esa formalidad y exactitud de los empleados viejos en oficina laboriosa.

Poco á poco fuí despejándome y llamando mis recuerdos, hasta que logré, para mi mal, traer á la entorpecida memoria los sucesos del campamento, acaecidos yo no sabía cuándo. Pensé en Remedios, en la derrota, en Don Mateo, en todo!.....

Probé á moverme, pues aun no sabía si me faltaba una pierna ó las dos; mas un golpe de martillo en el parietal izquierdo, me hizo comprende que por allí estaba el daño. Tenía yo realmente la cabeza en un tornillo; pero no de fierro, sino bajo la forma de una venda blanca. Al llevarme á ella la mano, otra blanda y tibia la detuvo.

—No te toques allí, me dijo una voz cariñosa.

Y en viendo la rosada carita de Felicia, me expliqué todo lo que era posible explicarme.

Estaba yo en la casa del Cura de San Martín, junto á la Iglesia, y aquella ventana tenía probablemente vista á la plaza. Pensé en mi madre, y cerré un momento los ojos para verla mejor en mi alma.

¿Y el Señor Cura? Estaba durmiendo la

siesta, pues eran las dos de la tarde; pero no tardaría en levantarse, y había de ponerse muy contento cuando me encontrara tan despejado y fresco. ¡Oh! se había hecho todo lo posible para volverme á mis cinco sentidos; mas inútilmente. Bien dijo la curandera Doña Eufrasia que eso vendría poco á poco. Me habían lavado la cabeza con aguardiente y aplicado muchos lienzos de agua fría. El Sr. Cura tenía mucho empeño en que me sangraran; pero no había quien lo hiciera, puesto que el barbero era del Jefe político y no se podía hacer confianza de él.

Interrumpí á la verbosa niña para preguntarle quién me había llevado á su casa.

—Las mujeres, me dijo; no ves que cuando persiguieron á los pronunciados, las mujeres se pusieron á recoger á los muertos? Pues Bartolita la revendedora te encontró; te puso en su carreta y te cubrió la cara para que no te conocieran los demás. Veniste con muchos muertos y al pasar por aquí te entregó á mi tío. ¿No ves que Bartolita es comadre de tu mamá? ¡Hu! si hay más muertos y heridos en el pueblo!.....

¡Bendiga Dios á Bartolita que me salvó de aquellos chacales hambrientos!

Por allí íbamos en larga conversación entretenidos, bien que en ella diera yo á la niña la mayor parte por mi excesiva debilidad, cuando apareció el venerable cura Don Benjamín Marojo.

Celebró el buen anciano mi mejoría y regañó á la sobrina, que en vez de charla debiera haberme dado alimento luego que abrí los ojos. Corrió la alegre niña á la cocina, y el cura, sentándose á la cabecera, me reprendió dulcemente por haberme metido en camisa de once varas. Y á fe que bastante hubo de dominar su carácter para no ser duro; gracia que por aquel solo día me concedió, en atención á mi debilidad y á las punzadas de mi herida.

Aun suspiran en mi tierra viejas y viejos por el padre Marojo, que quedó allá como inimitable tipo de sacerdotes buenos; y cuentan las madres á sus hijos la biografía humilde del cura, con más colorido que Castelar la vida de Byron. Comienzan por decir que era alto y flaco, encorvado y reumático;

continúan que llevaba algo exagerada la nariz, la boca grande y al andar pesado, y concluyen con el resumen inesperado de que no era feo. Y en efecto, si es lo feo lo que desagrada, aquel viejo era un buen mozo.

En su ministerio, Don Benjamín cumplía con sus deberes estrictamente, extendiéndose más allá por la caridad y buenas obras; si bien no formó jamás hermandades, cofradías ni otras instituciones semejantes de notoria piedad y beneficio; pero no tuvo la culpa, pues aun no estaban en privanza estas asociaciones, que después han venido á llenar un vacío notable y lastimoso.

No era gran predicador; pero tenía el talento necesario para enseñar con el ejemplo, sistema *objetivo* que no es fácil aplicar con frecuencia, especialmente en los pueblos cortos. Y con decir que no era gran predicador, sobra para manifestar que habría sido incapaz de arreglar y llevar á término el concordato de que ahora se habla ó de llegar á cardenal, no obstante que bien pudiera llegar á santo.

Hablaba con voz ronca y muy de prisa,

comiéndose una ó dos sílabas de cada palabra, pero así y todo, sus consejos llegaban al fondo del alma y sus duros regaños, de los que nadie escapaba, imponían y dominaban. ¡Y decía una misa.....! ¡Qué misa! Veinte minutos y ¡fuera! Las viejecitas se le querían comer de gusto; porque las mujeres, por más que sean amantes de la oración, no encuentran en la misa condición más apreciable que la brevedad.

Tal era el hombre que me recogió con cariño, y que durante mi curación me prodigó los cuidados de verdadero padre. Su sobrina, chica de catorce años, inquieta, vivaracha y charladora, llenaba mis ratos amargos con su dulce garrulería alegre y pintoresca. Quería mucho á Remedios y me hablaba á menudo de ella, con palabras tan ingenuas y tan cariñosas que me parecía que la besaban.

La curandera me visitaba todos los días y me hacía alguna curación enteramente inútil, puesto que mi herida no tenía importancia real y la cicatrización estaba encomendada á la naturaleza. La conmoción cerebral producida por el golpe había sido lo principal. Sin embargo, el buen padre Marojo, se calaba las gafas y observaba atentamente la herida, siguiendo las explicaciones que Doña Eufrasia le hacía con mil extravagantes pormenores.

Una mañana me asomé á la ventana que daba á la plaza, acompañado de Felicia.

—Mira, le dije; ahora están barriendo la plaza. Esto es cosa nueva, pues nunca se ha hecho.

—Porque no había quien barriera, me contestó, riendo con malicia. ¿No ves quienes trabajan?

—¡Es verdad! exclamé asombrado: aquél es Arenzana..... ¿no? aquel otro es Bermejo..... Pero Bermejo es empleado del Gobierno!

—Ya no; le quitaron el empleo, según oí decir á mi tío, y puso Don Jacinto á Pepe Gonzaga en su lugar; ya sabes, el más chico.

—¡Qué barbaridad! Estos pobres nada han hecho, ni se meten con nadie. Aquellos otros de la izquierda son tres regidores. ¡Este Coderas es un sultán aquí!

¡Ha! Si ha hecho mil cosas; dicen que el Presidente está en la cárcel, y al juez ya le iban á meter también, porque no quería sentenciar en favor de los Gonzagas un pleito que tienen con el español; pero siempre dicen que dió la sentencia y quedó de amigo de Don Jacinto. Al pobrecito español le embargaron la tienda.

—¡Es posible! exclamé irritado.

—¡Éntrate, Juan; me dijo repentinamente la muchacha.

—¿Por qué?

—Entra, entra! y tirándome violentamente del brazo, me hizo abandonar la ventana.

—Ya te vió, continuó agitada; y viene para acá.

—¿Quién?

—Don Abundio.

—¡Cañas!

—¡Á ver si te cojen hijito, y te meten en la cárcel!

Y un momento después el síndico se presentaba en el cuarto, dejándome de una pieza.

—No te asustes, Juanito, me dijo melosa-

mente; soy tu amigo y no corres peligro ninguno. Nada menos aquel día en la Jefatura, si yo no me interpongo con los modos que viste, no encuentras tú manera de fugarte. ¡Y vaya si lo necesitabas! Coderas habría sido capaz de fusilarte; pero en estando yo, no podía pasarte nada. No, hijo; fuí muy amigo de tu padre y tuve mucho que agradecerle; pues te sirvo á tí ya que á él no le pude corresponder sus servicios.

Y continuó por este camino sin parar, hasta declararme que mi madre estaba en la cárcel con las mayores comodidades posibles, que él había proporcionado, ya que no pudo evitar todo el daño que se le hacía.

Sin yo pedirlo, me dió informes de la revuelta y sus hombres. Don Mateo se situó en San Bonifacio con la gente que de los dispersos pudo reunir, y en doce días que desde su derrota habían corrido, se aseguraba que no sólo había reorganizado su tropa, sino que la tenía aumentada. Coderas, satisfecho de su triunfo, temía aventurar su gloria, yendo á buscar al tigre en su madriguera. Por otra parte, se aseguraba que el Ge-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

neral Baraja había obtenido una victoria completa sobre las fuerzas del Gobierno, y que ya el nacional tomaba cartas en el asunto, transando con los revolucionarios para poner paz en *aquella importante fracción de la República.*

—Es un hecho, concluía Cañas; y yo se lo he dicho á Coderas mil veces: la revolución es justa y triunfará. Yo he continuado apareciendo como amigo de este hombre, para poder contenerle un poco. Y si por mí no fuera, ya habría hecho mil atrocidades.

Me quedé pasmado; pero encontraba yo satisfactoria la explicación de aquel hombre, que hasta se me fué haciendo simpático.

—¡Juzga uno tan ligeramente! me decía yo en mi interior.

No paró allí la bondad del síndico; Felicia se había retirado, y Cañas, acercándose á mí hasta arrojarme á la oreja el aliento, me dijo con misterio:

—Hay algo que te interesa más. Ya *esta gente* sabe todo lo que te acabo de decir, y Soria está desesperado porque teme á Don Mateo; y para evitar de una vez que vuelva

á apoderarse de Remedios, se propone casarla en estos días. Resérvate esto y ten cuidado. La quiere casar con Pepe Gonzaga, quien está muy anuente, tanto porque la muchacha lo vale, como porque Soria es rico y Pepe muy ambicioso.

¡Calcule el lector el efecto que me produciría esta confidenia!

XIV.

La Fuga.

Eres un muchacho loco, me dijo el Señor Cura con semblante irritado; treinta y dos años llevo de ser cura de San Martín, y conozco á esta gente como las palmas de mis manos. Á todos estos los he visto nacer, y sé cómo son y cómo fueron sus padres y sus abuelos. ¡Bah! de estas bolas he visto muchas, y todo lo que está pasando ya me lo sabía sin que me lo dijeran. Á Coderas porque triunfó en la acción le mandó el Gobierno el grado de Teniente Coronel; y á Mateo porque perdió, le manda Baraja el de Coronel. Á Camilo Soria no le importan los derechos del pueblo; y como ya está rico, no

se habría metido en la bola si no fuera porque quiere ver colgado á Mateo, y quedarse con Remedios para seguirla azotando como antes. Sí la casaría si pudiera; pero el mismo miedo que á él le inclina á dar ese paso impedirá á Pepe Gonzaga aceptarle.

Mucho me tranquilizaban estas justas observaciones; pero no podía yo esperar con calma los acontecimientos.

—Pues que al fin me voy á enojar! exclamó Don Benjamín, amenazándome con el dedo; si intentas salir de aquí, te hago aprehender, aunque te lleven á la cárcel, pues al fin mejor estarás allí que en campaña. Vamos, hombre, vamos; Remedios está con su padre, y aunque éste sea un bruto la guarda mejor que tú. Está encerrada en casa de Cañas. Antes de cinco días Mateo viene sobre San Martín, ya verás; y como es seguro que toma la plaza, Soria huye y Mateo recobra á su sobrina. Mira cuánto enredo y cuánta cosa por un mal paso, por la picardía de Camilo de no casarse con la madre de Remedios!

Muy bien calculado..... pero si no es así?

¿Y si Soria se lleva á Remedios á otra parte y la casa con cualquiera? ¿Y si se la entrega á su endemoniada mujer y ésta la ahorca? ¿Y si cometen un atropello con mi madre? No; lo que es al señor Cura no le replico; pero resultamente me escapo.

Después me decía la encantadora Felicia, seduciédome con sus ingenuas y graciosas palabras.

—Ni remedio, hijito; aquí te quedas aunque revientes, porque mi tío dice que no te has deir. Yo tengo encargo de cuidarte, desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche; después corres de su cuenta. El mozo y el sacristán ya saben que no han de dejarte salir.....¡Huy, hijito! si vieras que regaño me dió el tío porque te dejé asomar á la ventana y te vió Don Abundio! Dice que Don Abundio no te ha delatado porque sabe que la revolución está ganando; pero que si cambian las cosas, es preciso que te escondas en otra parte, porque te denuncia tu amigo. ¡Ah! Ya le mandé decir á Remedios que aquí estás; yo no la he visto porque no la dejan salir. Le mandé decir que aquí está *azafranillo*, y se puso muy contenta y te manda memorias y dice que te cuides mucho. No te enojes por lo de *azafranillo:* así te llamábamos el diez y seis de Setiembre, por el vestido que tenías. Y te veías muy guapo, no creas! Pero esta Remedios es muy tonta, y con sólo verte se pone colorada y se le encienden las orejas. Un día le dije, al pasar tú, «mamacita, ¡qué tal cuando te cases!» y me pegó en la boca y le dió mucha risa.

La deliciosa charla de Felicia me hacía pasar de uno á otro sentimiento bruscamente; pero siempre la encontraba yo dulce é interesante.

Aquella vez concluyó por decirme clavando en los míos sus ojos pardos:

—Bueno, Juan, ¿y cuándo te casas?

Imposible contener el inquieto espíritu del hombre que tiene las alas poderosas de la juventud, y que se siente aguijoneado por los más vivos sentimientos. Todos lo sabemos cuando jóvenes, y todos lo olvidamos al llegar á la ancianidad juiciosa y paciente. Ahora, cuando los años han agotado

mis bríos, pienso á veces que el Padre Marojo tenía razón, y más de una vez he dado también consejos que no habían de ser oidos.

¡Nada! ¡nada! Era vergonzoso permanecer escondido como un cobarde, cuando mi madre estaba encerrada en una prisión, y Remedios corría peligros y vivía en poder de un hombre que sólo reclamaba sus derechos de padre para tener el gusto de atormentar á su hija. Bien podía predicar el Padre la paz y el trabajo á sus feligreses tímidos ó dichosos; pero que me dejara en libertad á mí que sentía el coraje del león herido, y que no conocía desde días atrás una sola satisfacción, ni el vislumbre de un instante de alegría. ¡Á la calle! ¡al campo! ¡á buscar en la lucha la salvación de mis dos ángeles, ó la muerte, si aquello era imposible!

Remedios y yo nos comunicábamos por medio de una mujer que iba á la casa de Cañas en nombre de Felicia, aunque con poca frecuencia para no hacerse sospechosa. Me mandó decir que antes la matarían que consentir en casarse con nadie; que estuvie-

se sin cuidado á este respecto; pero que me avisaba que quería su padre mandarla no sabía á dónde, aunque sí que era muy lejos, muy lejos.

Esto acabó de determinarme á llevar á cabo mi escapatoria de la casa del Padre Marojo. Y una noche en que caía esa llovizna de Noviembre fina y constante, desprendida de un cielo encapotado y plomizo; cuando el reloj hubo dado sus doce campanadas sordas y continuaba su tic tac fastidioso, busqué á tientas en el cuarto un garrote de que con anticipación premeditada me había provisto para tener arma, y abriéndo silenciosamente la puerta me puse en el patio.

El mozo dormía en el corredor, y fué menester el mayor cuidado para no dar lugar á que despertara. Vencida esta dificultad, la evasión era sin duda más fácil que la de un *voluntario* desertor del ejército, con lo cual todo queda dicho. La fuga quedaba reducida á apoyar un madero en la muy baja pared del traspatio, romper media docena de tejas al ponerme sobre ella á horcajadas, y

dar un salto á la calle opuesta á la plaza.

Todo esto se realizó sin más percance que cierta alarma en el gallinero, de donde partieron mil cacareos malhumorados, por la interrupción del sueño tranquilo que sus alados habitantes disfrutaban.

Una vez en la calle, miré al cielo, bendije aquella honrada casa que abandonaba como criminal, me persigné devotamente y...

Me quedé perplejo al llegar á este punto; pues hasta entonces me ocurrió preguntarme:

—¿Á dónde voy?

XV.

Un encuentro.

No vacilé mucho tiempo, pues muy á poco me contesté:

—Á cualquiera casa del barrio del Arroyo.

Y eché por la calle adelante, procurando ver en la oscuridad de la noche, para evitar una sorpresa.

Por fortuna no tuve la locura de ir en busca de Remedios, seguro de que Soria y Cañas tendrían la casa escoltada y las entradas de la calle bajo la más cuidadosa vigilancia.

Anduve con lentitud calculada para evitar el ruido de un tropezón en piso tan irregular y tan ocasionado á golpes, no obstante que me sentía presa de la impaciencia